

**APORTES A LO AMBIENTAL
DESDE UNA VISIÓN MÁS AMPLIA
DE LAS CIENCIAS SOCIALES**



La historia ambiental frente a las ciencias sociales

Alberto G. Flórez M. *

La importancia de las ciencias sociales para el tratamiento de los temas ambientales se ha subestimado notablemente en el mundo occidental. Ello tiene su origen, según Joni Seager¹, en la insistencia del mundo contemporáneo en considerar los problemas ambientales bajo su forma física, esto es, conceptualizándolos como cuestiones de sistemas físicos y biológicos bajo presión. Más aún, dado que las «cosas ambientales» se definen sobre todo como fenómenos físicos, el corolario es que ellas tienden a pertenecer al campo de las ciencias «duras».

La mayoría de las personas, sean legos u orientadores de políticas al más alto nivel, asumen a menudo que los científicos naturales son los expertos ambientales en primera (y última) instancia. La disposición de la financiación, las prioridades gubernamentales y la estructura académica de las universidades, están construidas de manera tal que se depende cada vez más de estos científicos para identificar los problemas ambientales, para conocer qué tan severos son y para establecer los parámetros de su resolución.

En un círculo recurrente, mientras más control ejercen los científicos naturales sobre el tema, más se reafirma la idea de los temas ambientales como proposiciones de los sistemas físicos. Esto implica que, en muchos casos, la aproximación a los mismos resulte una visión «neutral», atemporal, sin género, sin clase, sin política o sin ninguna de las categorías privilegiadas por las ciencias sociales.

Esta visión conduce a que frecuentemente se ignoren actores institucionales tan importantes como los militares, las corporaciones multinacionales y los gobiernos mismos, como responsables de gran parte del daño ambiental local y global, y de que se descuide la perspectiva de las culturas institucionales desarrolladas por actores de este tipo frente al tema. Todas estas carencias se

* Profesor asociado. Pontificia Universidad Javeriana.

¹ SEAGER, Joni. «Feminism and the Environment: ¿What's the problem here?» en Louise Quesnel (ed.). *Social Sciences and the Environment*. University of Ottawa Press. Ottawa. 1995. Pp. 55-66.

tornan muy relevantes si se tiene en cuenta que los problemas ambientales *per se* no son más que síntomas, artefactos y productos de procesos culturales².

Esto sin mencionar problemas concernientes al papel de otras formas sociales de conocimiento y experticia no disciplinares, provenientes por ejemplo del conocimiento popular o tradicional comunitario³. La noción de que los miembros de las comunidades locales con el conocimiento directo de su medio ambiente pueden ser los informantes más confiables sobre los problemas ambientales, es todavía poco atractiva, no sólo para algunas grandes instituciones estatales y organizaciones ambientales cuyo prestigio a veces depende de resolver grandes problemas de manera heroica, sino también para muchos científicos sociales⁴.

En este contexto que toma como ejemplo la historia ambiental, empecemos por plantear varias preguntas que nos orienten con el objeto de observar si esta práctica académica nos permite avanzar sobre las preocupaciones que hemos introducido. ¿Es la historia ambiental un campo autónomo, o es una mezcla de ciencia, activismo, y humanismo? ¿Puede la historia ambiental distinguirse de la geografía histórica o cultural, de la historia de las fronteras, de la antropología cultural y de otras tantas disciplinas? ¿Es una víctima del síndrome de las «dos culturas», no perteneciendo a ninguna su objeto de estudio, superponiéndose con el de las ciencias naturales pero visto a través de la pantalla de la historia como una disciplina humanística?, o ¿es una invasión cuasi-religiosa hacia un territorio (la interpretación del mundo natural) en donde no tiene nada que hacer?

La propuesta para la consolidación de una historia ambiental apareció en los años setenta cuando se desarrollaron foros sobre la prédica global al mismo tiempo que los movimientos ambientales populares se afianzaron en varios

² La misma J. Seager llega a afirmar que la cultura de estas instituciones está definida por el tema de género y que por lo tanto falta fortalecer el análisis feminista de la investigación ambiental dado que hombres y mujeres se relacionan de manera diferente con este tipo de actores generando diferentes formas de trabajo del poder en el campo de lo ambiental. De la misma manera, las relaciones de poder y el control institucional que dan cuerpo a los asuntos ambientales son extensiones de las relaciones ordinarias y cotidianas entre hombres y mujeres, y entre ellos y las instituciones. SEAGER. Op. Cit. 1995. Pp. 58.

³ Una compilación que introduce dieciocho puntos de vista diferentes de las poblaciones autóctonas en diversas partes del mundo fue publicada por Inter Press Service, *Story Earth*. Mercury House. San Francisco. 1991.

⁴ El problema es más notable si se considera la variedad y riqueza de las construcciones de la naturaleza en el llamado «tercer mundo» en donde habita el 70 por ciento de la población mundial sobre el 50 por ciento de la superficie terrestre. Véase BUULTJENS, Ralph. «Global History and the Third World» en Bruce Mazlish y Ralph Buultjens (eds.). *Conceptualizing Global History*. Westview Press. Boulder. 1993. Pp. 72.

países. Según Donald Worster, uno de los historiadores ambientales más reconocidos, dicha propuesta apareció en un momento de revisiones y reformas culturales a través del mundo, enmarcadas por un impresionante auge de los movimientos sociales⁵.

La historia, el derecho, la filosofía, la economía, la sociología y otras áreas académicas respondieron rápidamente a este auge de las preocupaciones ambientales, e incluso se considera que las ideas ambientales fijaron la base para consolidar en su perspectiva teórica, la crítica posmodernista al pensamiento occidental⁶.

Entre el 1 y el 3 de enero de 1982 se realizó una conferencia internacional sobre historia ambiental en el campus de Irvine de la Universidad de California. Convocada por la Asociación Norteamericana para la Historia Ambiental y el Departamento de Historia de la Universidad de California y financiada por la National Endowment for the Humanities, dicha conferencia reunió a más de cien académicos activos en el campo. Los organizadores sintieron que era el momento propicio para una afirmación del campo de la historia ambiental como un todo, reuniendo lo que se había logrado hasta entonces y fijando en lo posible direcciones para su desarrollo.

La dificultad implícita en la definición del objeto no preocupó mucho a los «primeros» historiadores ambientales que asumieron desde entonces una referencia bastante general y a la vez conciliadora, sobre la definición del campo: «donde quiera que las dos esferas, la natural y la cultural, se confrontan e interaccionan entre sí, el historiador ambiental encuentra sus temas esenciales»⁷.

No obstante, no se debe olvidar que las teorías ambientales de cualquier época se basan usualmente en suposiciones sobre la historia, el tiempo y la naturaleza del cambio. Así, la historia ambiental profundizaría en las relaciones entre lo temporal y lo espacial, con especial aunque no exclusivo énfasis en el papel de los seres humanos en dicha relación, pero siempre teniendo en cuenta el discurso social que constituye su referencia interpretativa, cambiante a través del tiempo.

⁵ WORSTER, Donald. «Doing Environmental». Pp. 290.

⁶ Véase una discusión de este tema en MCDONALD, Lynn. *The Early Origins of the Social Sciences*. McGill-Queen's University Press. Montreal. 1993; en donde la autora provee una refutación empírica de recientes críticas radicales, políticas, feministas y ambientalistas, que aseguran que las relaciones del poder del status quo que necesariamente apoyan las ciencias sociales son antiéticas, en contra de los intereses de las mujeres e inherentemente ligadas a la dominación y destrucción de la naturaleza.

⁷ WORSTER, Donald. «Transformations of the Earth: Toward an Agroecological Perspective in History» en *Journal of American History* 76. 1990. 1087-106.

En el caso particular de la historia, la disciplina había cambiado rápidamente su énfasis en la historia política más tradicional; aquella cuyo terreno era el estado-nación de grandes hombres (ni siquiera mujeres) con sus ideas, rivalidades, guerras, riqueza, y poder. La práctica histórica había evolucionado para esos años hacia la historia social «desde abajo», donde se encontraba con los niveles «escondidos» de las clases, del género, de la raza y de las castas. Esta explosión intelectual que influyó fuertemente los desarrollos de la historia económica y cultural, mantuvo sin embargo un énfasis predominantemente nacionalista en el análisis. La historia ambiental, en cambio, apareció motivada por problemas que trascendían las fronteras nacionales (aunque muchas veces se desarrolló y se desarrolla igualmente dentro de ellas) y dio un paso más adelante llegando todavía «más abajo», hasta alcanzar la tierra misma como un agente y una presencia en los estudios históricos.

El campo de la historia ambiental se creó enfrentando problemas comunes con disciplinas clásicas: la existencia de opiniones diferentes y enfrentadas sobre el problema esencial de la misma, y el hecho de que algunos problemas claves disciplinarios se solapaban o coincidían con los de otras disciplinas.

Donald Worster argumenta que el quehacer de la historia ambiental consiste en «profundizar nuestro entendimiento de cómo los humanos han sido afectados por su ambiente natural a través del tiempo, y a la vez y quizás más importante en vista de las actuales circunstancias globales, cómo ellos han afectado ese ambiente y con qué resultados»⁸. Esto, «implica lidiar con tres cosas: naturaleza, economía política y cultura»⁹. Aquí se aclara de una vez por todas la condición del historiador ambiental que opta por un estado esperado de cosas y requiere alimentarse de diversas opciones disciplinares que a su vez están sujetas a permanente evolución.

Al observar la presencia de lo ambiental en las disciplinas históricas la primera constatación que hacemos es que ello ha estado más fuertemente insinuado, y a veces más explícitamente trabajado, en el ámbito de una disciplina igualmente vieja como es la geografía.

Desde por lo menos finales del siglo XVIII los geógrafos europeos han estado dedicados a preguntarse cómo el hombre, en sus intentos por utilizar los recursos naturales, influyó, rediseñó y destruyó la naturaleza como ambiente. En el siglo XIX, el norteamericano G.P. Marsh hizo una descripción general del problema en su obra clásica *Man and Nature* (1864), colocando el énfasis en el

⁸ WORSTER, Donald citado por David Demeritt, «Ecology, Objectivity and Critique in Writings on Nature and Human Societies» en *Journal of Historical Geography* 20:1. 1994. Pp. 22-37.

⁹ WORSTER, Donald citado por Ommer, «Environmental History». Pp. 67.

estudio de las catástrofes agrícolas en el Mediterráneo durante la Antigüedad. Los geógrafos continuaron estudiando este tipo de problemas en colaboración con geólogos, botánicos, climatólogos y silviculturistas¹⁰.

Dentro de la geografía francesa, importante corriente antecesora de la historia ambiental, la inspiración principal venía de Paul Vidal de la Blache, discípulo del conocido geógrafo Ernest Lavisse. Su aproximación geográfica se dirigía en primer lugar hacia la comunidad y los sistemas sociales, observando la manera en la cual estas unidades sociales dependían de sus bases naturales. La pregunta central era: ¿cómo se moldean las sociedades humanas dadas las pre-condiciones naturales? En estos temas la investigación se dirigió entonces, hacia lo local y regional con énfasis en las variaciones y desviaciones estructurales¹¹.

Gradualmente, los geógrafos históricos aprendieron a mirar desde el ambiente y hacia la cultura que allí se sostiene, más que al contrario. En todo caso aquellos tendían a comenzar con las condiciones geográficas de una región para soportar las demandas impuestas por los humanos y su relativa vulnerabilidad debida a esta interferencia.

Pero la región geográfica no existe aparte de las expectativas humanas y el ambiente no existe universalmente sino en un punto particular de la historia, lo que no siempre es reconocido por los geógrafos¹². En este punto en particular yacen las identidades entre la geografía histórica y la historia ambiental. Es difícil trazar las fronteras entre una y otra, de manera que a veces sólo es posible hacerlo a partir de diferencias tan sutiles como la del estilo de su escritura y recurriendo al mayor o menor carácter hermenéutico de los trabajos cultivados por ambas disciplinas.

La historia ha sido especialmente crítica con su estatus epistemológico y más recientemente predomina una visión de la misma como una «lucha entre narrativas en competencia y valores».¹³ En cambio, la geografía humana y su interacción con la geografía física parecen caracterizarse por una producción intensamente monográfica que no parece preocuparse demasiado por el sentido valorativo de su producción. Aparte de esta, quizás insuficiente diferencia,

¹⁰ Citado por Lars Lundgren, Birgitta Oden y Sverker Oredsson, «The Use of Nature as Politics» en *Environmental Review* 3:2. Invierno 1979. Pp. 20-51. 24.

¹¹ Número clásico «Environnement et Histoire» en *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 29. 1974. Pp. 537-647.

¹² OPIE, John. «Environmental History: Pitfalls and Opportunities» en *Environmental Review* 7:1. 1983. Pp. 8-16, 7.

¹³ CRONON, William citado por J.M., Powell, «Historical Geography and Environmental History: an Australian Interface» en *Journal of Historical Geography* 22:3. 1996. Pp. 253-73, 255.

algunos autores afirman que «hay muy poco o nada en la agenda de los historiadores ambientales que sea terreno extraño para el geógrafo histórico»¹⁴.

Sin embargo, insisto en el hecho de que la historia ambiental enfatiza en el tema de la agencia humana, es decir, en el hecho de que los protagonistas y los antagonistas de nuestra narrativa son siempre humanos y no simples variables exógenas de un sistema ecológico.

Posiciones marcadamente «interdisciplinarias», radicales si se quiere, han llegado a proponer la creación de una nueva subdisciplina que supere las sutiles diferencias entre geografía histórica, historia ambiental, antropología ecológica¹⁵ y todas las demás propuestas de acercamiento a lo ambiental desde las ciencias sociales¹⁶. Pero esta propuesta de hibridación aún se encuentra en proceso de maduración y es poco probable que las disciplinas tradicionales estén dispuestas a aceptar el inicio de su eventual disolución y la ruptura de una tradición de conocimiento que apenas acaba de consolidarse en el presente siglo sin oponer una resistencia apreciable. Por ahora parece más razonable esperar que las propuestas interdisciplinarias y transdisciplinarias tengan alguna salida a partir del manejo de los nuevos sub-campos disciplinarios.

Virtualmente sola dentro de los campos históricos, la historia ambiental tiene un legado desde las ciencias naturales y una obligación hacia ellas. En particular, dos aspectos centrales de la ecología en su propuesta como subdisciplina de la biología, influenciaron inicialmente la manera de proceder de los historiadores ambientales: el énfasis de la ciencia ecológica sobre los sistemas de larga escala y la atención única que la ecología daba a una aproximación holística de los fenómenos naturales. Esta primera aproximación a la ecología buscaba investigar la función del conjunto, así como las ventajas y desventajas de diferentes puntos de balance en relación con una norma de algún tipo.

Las críticas desde las más recientes revisiones de la ecología como ciencia han influenciado directamente a los historiadores. Muchas de estas críticas tienen que ver con la insatisfacción de los dualismos teóricos del pasado

¹⁴ POWELL. Op. Cit. 1996. Pp. 255.

¹⁵ En las últimas décadas merecen la pena citarse, entre otros trabajos de la aproximación ecológica de la antropología, el estudio de John Bennett sobre la adaptación moderna de la pradera canadiense; el trabajo de Harold Conklin sobre la agricultura filipina; el de Marshall Sahlins que vincula la estratificación social en Polinesia con el uso de la tierra; el análisis de Richard Lee sobre la economía de caza y recolección de los Kung Bushman; y el detallado estudio de Clifford Geertz sobre agro-ecosistemas en Indonesia. Véase una referencia a esta producción en VAYDA, Andrew (ed). *Environment and Cultural Behavior: Ecological Studies in Cultural Anthropology*. University of Texas Press. Austin. 1976. 1969.

¹⁶ Comparar con POWELL. Op. Cit. 1996. Pp. 258.

(naturaleza-sociedad) y aunque algunos piensan que esto no es más que otra moda posmodernista¹⁷, la validez del tema es evidente en las actuales transformaciones de la ciencia ecológica. Ultimamente, las bases científicas y epistemológicas de la ecología tradicional han sido erosionadas fuertemente y como lo enuncia David Demeritt, «la ecología, una de las más importantes referencias de la historia ambiental, se está repensando de manera dramática»¹⁸.

Hoy el consenso acerca de la ecología como una ciencia buscadora de leyes se ha desgastado con la constatación de que los «detalles biológicos» son de suma importancia, llegando a la conclusión de que la integración de diferentes escalas espaciales y temporales es la clave del problema.

Esto resulta incierto, pues a veces los historiadores ambientales se acercan a la ecología como a una mina de potenciales teorías y datos acerca de la naturaleza, que constituye la materia prima desde la cual construyen sus narrativas¹⁹. El tema es muy sugestivo si se tiene en cuenta que el contenido romántico y valorativo del movimiento ambientalista contemporáneo, establece una visión global de un mundo potencialmente equilibrado (Gaia, e.g.), bajo un orden natural en el que irrumpe como elemento desordenador el ser humano.

Las nuevas ideas sobre el desorden natural dificultan las distinciones rápidas entre disturbios humanos y naturales sobre el paisaje, así como entre paisajes naturales y paisajes contruidos. Esto genera la dificultad grande de seguir hablando de un mundo puro «allá afuera» al que hay que conservar alienado de la humanidad.

Una de las constataciones más importantes de estas revisiones recientes es que la ecología como todas las demás ciencias, es una forma de conocimiento socialmente edificado y no puede reclamarse como un espejo de la naturaleza. En otras palabras, si los científicos no pueden pretender representar a la naturaleza verazmente, los historiadores ambientales no pueden apoyarse en la ecología «holística» para proveer «la verdad» acerca de la naturaleza²⁰.

¹⁷ Este es precisamente el tipo de crítica implicada en el artículo de WORSTER, Donald. «The Ecology of Order and Chaos» en *Environmental History Review* 14. 1990. 11-8, donde se exploran los efectos de la teoría del caos sobre el trabajo de los historiadores ambientales y los paralelos de aquella con el pensamiento posmodernista. Citado por Philippe Descola y Gísli Pálsson en *Nature and Society. Anthropological Perspectives*. Routledge. New York.1996.

¹⁸ DEMERITT. Op. Cit. 1994.

¹⁹ Ibid. Pp. 24.

²⁰ Ibid. Pp. 27.

Esto nos lleva de vuelta al tema de la interpretación y de la construcción social del conocimiento, lo que Clifford Geertz refiere como buenas y malas interpretaciones, dependiendo esta diferencia de «qué tan bien ellas capturan y dan sentido a las complejidades de la acción humana... dando cuenta de la «densidad» (*thickness*) de las relaciones estudiadas»²¹. Lo anterior, sin olvidar que la manera de dar dicho sentido es a través del lenguaje, el cual no es un medio transparente para la transmisión de contenido, sino más bien lo que produce sentido, como diría Jacques Derrida²².

En todo caso, una vez explicitados estos contenidos y dificultades definitorias, siempre es posible escribir historia en contra de las tecnologías ambientalmente destructivas, no porque ellas sean anti-naturales, sino más bien porque atentan contra la posibilidad de la naturaleza que queremos construir o mantener²³. Finalmente, no sobra repetir que la historia como toda actividad cognitiva, es un proceso interpretativo y sobre todo, de representación²⁴. Esto implica que cualquier texto histórico, de historia ambiental en nuestro caso, no pretende una reconstrucción positiva de los procesos, sino simplemente su reconstrucción desde una óptica presentista y seguramente bastante instrumental²⁵. Esto se debe principalmente a la imposibilidad de acceder a la integralidad del proceso estudiado, y a los sentidos y formas de representación de los grupos que lo experimentaron. Dicha imposibilidad no responde solamente a las limitaciones de la fuente oral, escrita o de cualquier otro tipo que utiliza el historiador, sino también a la externalidad, es decir, a la alteridad que caracteriza el acceso del historiador a una situación que le es extraña dada su ocurrencia en un tiempo histórico distinto al del «observador».

La historia ambiental más que producir una pila de datos, ofrece todo un camino hacia una especie de ilustración moral que en palabras de Donald Worster²⁶ podría llamarse «conservación». En otros términos lo que subyace a trabajos que involucren lo ambiental, incluida la historia ambiental, es una estrategia de desarrollo²⁷.

²¹ Ibid. Pp. 28.

²² Ibid. Pp. 29.

²³ Comparar con CLIFFORD, James. *The Predicament of Culture*. Harvard University Press. Cambridge. 1988, y R. BIRD, Elizabeth Ann. «The Social Construction of Nature: Theoretical Approaches to the History of Environmental Problems» en *Environmental Review*. 11:4. 1987. Pp. 255-64.

²⁴ CHARTIER, Roger. *El mundo como representación*. Gedisa. Barcelona. 1992.

²⁵ CARR, Edward H. *¿What is History?*. Penguin Books. Harmondsworth. 1961.

²⁶ WORSTER, Donald. «The Ecology of Order and Chaos» en *Environmental History Review* 14. 1990. 11-8.

²⁷ Véase la discusión sobre el tema del desarrollo sostenible en GONZÁLEZ, Francisco. «Reflexiones acerca de la relación entre los conceptos: ecosistema, cultura y desarrollo». IDEADE. Universidad Javeriana. Bogotá. 1996. Mimeo.

Inspirados por el Movimiento Verde e invocando muchos de los conceptos analíticos de la ciencia ecológica, los historiadores ambientales han hecho críticas de las sociedades modernas y sus relaciones con la naturaleza²⁸. El contenido moralista de la historia ambiental a veces se ha expresado en opciones explícitas, como es el ejemplo del carácter profético de algunas posiciones ambientalistas.

En general, puede afirmarse que la consolidación de la historia ambiental se ha dado sobre todo a la luz de las nuevas preguntas y preocupaciones del movimiento ambiental contemporáneo, al cual los historiadores han empezado a aportar desde su disciplina. Por esta razón, el tema de la ciencia neutral pierde sentido, cuando se entiende que la historia ambiental se identifica de manera importante con las orientaciones ideológicas del movimiento ambiental contemporáneo y es una de las subdisciplinas donde el tema de la producción «políticamente correcta» se evidencia de manera más fuerte que en otros campos menos controvertidos.

De otra parte, se debe tener cuidado en la valoración de los objetos estudiados por la historia ambiental porque siempre existe el peligro de caer en una especie de mesianismo académico. El ambiente no puede ser evaluado en sí mismo como una tierra desperdiciada o como un jardín, como bonito o feo, como habitable o desértico. Estas son referencias culturales con muchas variaciones regionales e ideológicas. La comida de un hombre es el veneno de otro. El camino es siempre de doble vía²⁹. La historia ambiental está así definitivamente enmarcada entre el ideal ecológico y la realidad histórica, entre las ciencias y las humanidades, entre la objetividad desinteresada y el activismo³⁰.

Así, los historiadores ambientales entre otros, juegan un importante papel en ayudar a situar conocimientos en competencia acerca del mundo. Por lo tanto, es indispensable explicitar los efectos documentales y discursivos de sus diferentes narrativas ambientales.

Para terminar este rápido recorrido, recordemos que el estudio de las transformaciones del ambiente en el pasado no es más que un ejercicio para imaginar su futuro. El nuevo milenio ciertamente pasa por la revolución informática y sus medios artificiales, pero es también el milenio de la conciencia ambiental. Y una conciencia sin un ejercicio práctico de reconstrucción histórica sólo es un espejismo ideológico.

²⁸ Comparar con DEMERITT. Op. Cit. 1994.

²⁹ OPIE. Op. Cit. 1983. Pp. 11.

³⁰ Ibid. Pp. 15.

La historia ambiental ofrece sin duda uno de los campos más atractivos a nivel intelectual y pertinente a nivel social. Ella articula a la historia, a la ciencia y al activismo. Es como mencioné anteriormente un ejercicio de «conservación», no sólo por las enseñanzas que permanecen en las «huellas del pasado» sino también porque la cruzada de convivencia inteligente con el ambiente exige una actitud conservacionista, cuya guía temporal la ofrece la historia ambiental.

Aunque en países como Colombia la realidad sigue utilizando como insumo para su reproducción los discursos creados a partir de marcos tradicionales sobre la política y la economía, sentimos que este carácter cíclico del pensamiento-acción está agotado y es cada vez más necesario entender el mundo de manera diferente, o por lo menos, de manera más coherente con una realidad que todavía muchos tratan como decimonónica en plenos inicios del siglo XXI.

La historia ambiental y los estudios ambientales en general, junto con otros campos nuevos como los estudios culturales, ofrecen preguntas, lenguajes y formas de acción nuevas que nos enfrentan con los problemas actuales de manera interdisciplinaria, sin las ataduras excesivamente sociologizadas del pasado, en las cuales el mundo de lo humano era explicado desde sí mismo sin mayores conexiones con la tierra, con la biología y con la biosfera en general.

Al mismo tiempo, el auge de los nuevos campos nos ha llevado a entender el papel de la agencia humana en contextos que abren las puertas a una multiculturalidad coexistente con un mundo globalizado, con una Gaia globalizada, pero todavía no suficientemente estudiada, desde su perspectiva procesual (histórica).

La historia ambiental desarrollada en los contextos locales pero con espíritu global, promete contribuir a la reconstitución de las disciplinas clásicas, pero sobre todo al reencuentro con la ecología profunda que, según Fritjof Capra, no es más que una visión holística del mundo, en la que ya ni las sociedades ni los individuos se separan del entorno natural, lo cual conduce en últimas a un cambio de percepciones y a un nuevo modo de pensamiento. Así, la historia ambiental junto con las nuevas formas del conocimiento que se están desarrollando en la actualidad, permitirá pensar y actuar con mayor profundidad sobre una realidad que a menudo se reproduce de manera violenta justamente por no ser pensada y estudiada en suficiencia.